

enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado, quedando ya tan poco que andar.

4. Llamad a nuestro Señor de corazón, y no olvidéis el rezar y el oír misa, que es cosa muy buena; y mirad dónde ponéis el pie, para que por hacer bien a otros, no os hagáis mal a vos. No pierda vuestra ánima su pesebre; porque si anda hambrienta y desconsolada y mala, ¿qué aprovecha todo el bien que a otros hacéis?, pues dice nuestro Señor (*Mt.*, 16): *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Entended que la cosa en que más podéis agrandar a Dios es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento; y la mayor misericordia que podéis hacer es tener vuestra ánima agradable a Él. *Por tanto, velad y orad*, como dijo nuestro Señor (*Mt.*, 26); porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para os derribar.

Y paréceme bien que vayáis a la corte a pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí. Y mirad por vos estando ahí y fuera de ahí, porque hagáis a nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para que nuestro Señor os crió. Y Él sea siempre vuestro favor y amparo. Amén.

5. Aquella persona que os rogaba e n pagaros las deudas y echaros a cuestras la otra carga, debiera de ser el diablo en figura humana, que os quería engañar; y con deciros: «No es pecado», querría hacer que perdiédeses el llamamiento para que Dios os llamo. San Pablo dice (*Ephes.*, 4) *que cada uno permanezca en el llamamiento que Dios le llamó*; porque si Dios quiere que yo le sirva de camarero, e yo no quiero sino guardar puercos, pecaré contra Él, y darle he cuenta de todo lo que pudiere ganar en el otro oficio. Y así, hermano, si un muy resplandeciente os apareciere, que dijere ser ángel de Dios y os trajere tal embajada, decidle que no es sino diablo, y que no queréis vos dejar el camino en que Dios os puso: que Él dijo en el Evangelio (*Mt.*, 21): *Quien perseverare hasta el fin, será salvo*. Y leed esta cédula muchas veces, y Dios os guarde de todo mal. Amén.

No tengo vestidos que os enviar ahora; yo diré Misas por vos en lugar de ellos, que os cubrirán mejor.

## 47.—A UNA SEÑORA

*En tiempo de Navidad. Exórtala al amor de Cristo y al ejercicio de la oración.*

1. No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado; mas aunque muchas hubiesen venido a mis manos, y yo no respondiese, tengo tanta fiducia en nuestro Señor, que el que me pone a mí verdadero amor de vuestra ánima, Él os dará a entender en lo secreto de vuestro corazón que no queda el no escribir por falta de memoria y amor, y con esto estoy consolado mucho, aunque os vea quejar.

2. Hermana mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis, porque no lloréis. Mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón a tan grande fuego, que basta para derretir las piedras durisimas. ¿Qué hacéis si no le amáis con todas vuestras entrañas? ¿Cuya sois, si suya no sois? ¿Adónde miráis sino a Él? ¿De qué habláis? ¿En qué pensáis? ¿Qué os traba el corazón sino este Señor, que así le trabasteis vos de su Corazón, que os trajo en Él treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición? y al cabo fué, por vuestro bien, puesto en cruz, y abriéronle su Corazón, para que veáis vos el lugar amoroso donde vos andábades.

Hermana, amad a quien os amó cuando Niño, habiendo frío por vos, y llorando en el pesebre por vos. Amad a quien os amó, de ocho días nacido, derramó sangre por vos; y no sabe hablar, y sabe amar. Y como crecen los días, crece el amor, demostrándose las obras con los hombres. Quien, siendo Niño, tiene amor, ¿qué os parece que hará cuando mayor? Crece el cuerpo, y crecen los trabajos; crecen los dolores y tormentos y cruz. Amad, pues, a quien primero os amó, y ahora os ama desde los cielos. No os contentéis en servirle como quiera, que Él no se contentó con buscar vuestro bien con tibieza; mas todo Él se empleó por vos. No conozcáis a nadie por conocer mucho a Él. No tengáis en el corazón a criatura alguna aposentada, por darle corazón y posada desembarazada a Él. Sabed que cuanto más mirádeses criaturas, os será quitada la vista del Criador. Y dándoos toda a Dios, aun faltaréis en muchas cosas; ¿qué hará si os repartis? Ya dejasteis el mundo, y os disteis a Dios: no tornéis a tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (1 Cor., 7) que

la doncella que a Dios se ofrece, ha de ser santa en cuerpo y en espíritu, y no ha de tener más de un cuidado, que es agradar a nuestro Señor; y así vos no entendáis en otra cosa, porque hagáis ésta bien hecha. Que pues Dios con vos se contenta, débeos Él bastar a vos, pues basta a los ángeles y a cuantas cosas Él crió.

3. No sé cómo os va de oración, y no querría que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíades. Toda vuestra fuerza está en Dios; que de vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor a quien en la oración es vigilante; que a quien duerme, agriamente le represente, diciendo como a San Pedro (*Mt.*, 26, 40): *¿No pudiste velar una hora conmigo?* Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas, para que gocéis de la comunicación del Criador; que tenerlas entrambas, ya vos sabéis que no puede ser. Vivid siempre en vuestro corazón sola y desterrada, para que podáis pedir a nuestro Señor que os visite como a huérfana y extranjera.

Y para esta soledad de corazón mucho os aprovechará la comunicación poca de fuera; que bien sabéis vos que otro rato tan alegre no hay, como cuando estamos solos con Dios; y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos a hablar con el Señor, o se nos esconde, o nos riñe hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón. Y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor y ésta sabida, cumplirla; y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorarlo mucho, y guardarse con doblado cuidado de tornar a dar enojo a Él, que es lumbre de sus ojos y entrañas de su corazón.

4. Y así vos, hermana, pues amáis, amad mucho; pues servís, servid bien; pues a Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es Él. Si la casa eterna de Dios os ha contentado, no busquéis acá cosa en las casillas de barro, que presto se han de acabar. Enalzada habéis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles: haceos ahora tan baja, que beséis el suelo y tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No tengáis miedo de despreciaros, que a vuestro amor despreciaron, y permitiólo Él, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras

muy mucho honrada. No queráis luego cumplir con regalos de carne, que la de vuestro Esposo atormentada fué con azotes y rompida con clavos. *No debemos nada a la carne* (Rom., 8, 12) que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual con Cristo, deshizo el carnal de la carne. No tenéis que ver con mundo; por eso romped con él, que vuestro amor dice (Jn., 16): *Confiad, que yo vencí al mundo*. No miréis honra ni deshonra; mas bajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Cristo, que allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza (1) le busca. Finalmente, despues que suya quisisteis ser, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie. Él os recibió, y no os dejará, si vos no le queréis dejar a Él, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió; por tanto, *sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de vida* (Apoc., 2) que nunca se acaba en compañía de tanta bienaventuranza, cual ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua de hombre puede decir; la cual os dé Él por quien Él es, como yo se lo suplico porque Él me lo manda. Y ésta hayan por suya las que estuvieren presentes a vuestra carta.

Cristo con todos. Amén (2).

#### 48.—A UNA MUJER DEVOTA.

*Enseñale cuál ha de ser la confianza en el Señor.*

1. Escrito está que *el hermano que es ayudado de su hermano es como ciudad firmísima* (Prov., 18, 19). Y aunque yo haya más menester el ayuda de vuestra oración que vos la mía, el cuidado que nuestro Señor me pone en mi ánima de la vuestra, junto con el oficio que tengo, me hacen olvidar mi insuficiencia. y esforzar por esforzar a vuestra ánima en el camino del Señor, en que Él os ha puesto por su sola bondad.

2. Hermana mía, criada y redimida por Dios: no penséis que os llamó nuestro Señor para daros luego el descanso que quizá deseáis. Primero habéis de trillar, o por mejor decir, ser trillada, que os den a co-

(1) *En simpleza*: con sencillez.

(2) El Epistolario de 1578 trae dos veces esta Carta: en la pág. 6 y en la 240.

mer el pan del consuelo. No penséis que aquella perfecta paz, de la cual dice Dios por Isaías (48): *Ojalá hubieras mirado a mis mandamientos; paz te hubiera venido así como río*, que luego se ha de hallar tras la puerta. Ni penséis que aquel gozo continuo, del cual dice San Pablo (2 Cor., 6, 10): *Andamos como tristes, mas siempre gozosos*; y en otra parte (Phil., 4, 4) amonestada diciendo: *Gozaos en el Señor siempre. Otra vez digo: Gozaos*, que a la primera jornada se halla. Muchos han recibido escándalo en el camino del Señor por no entender el tiempo de sus promesas, pensando ser engañados por ellas, pues no venían al tiempo que ellos pensaban, y pusieron duda en la verdad divinal por la mucha codicia de anticiparse a gozar de sus bienes. *Abominable hombre*—dice la Escritura (Eccli., 20)—*es aquel que hoy presta y mañana viene a pedir lo prestado*; y así es la persona que a Dios se ofreció, y por Dios renunció sus placeres, si luego quiere que Dios le dé el consuelo por lo poco que dejó. Catorce años sirvió Jacob por Raquel, no con livianos trabajos; y cuarenta años gastaron de camino los hijos de Israel desde que de Egipto salieron, que significa el pecado, hasta la tierra de promisión, que significa el gozo de las divinas promesas que en el cielo se darán, y algunas veces algo de ello acá. No os acongojéis antes de tiempo, porque no perdáis lo que Dios os tiene prometido en su tiempo. Mirad que dice la Escritura (Prov., 20): *La herencia que al principio se apresura carecerá de bendición en el fin*. Quiere el Señor que estemos entre mil trabajos, que todos nos conviden a impaciencia y desesperación, y entre todas aquellas marañas, que esté firme nuestra esperanza y asosegada nuestra voluntad.

2. Mirad que la virtud, si no es combatida, no es probada; y la no probada no es mucho de estimar. Y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así los tiene nuestra fe y esperanza; y así como la mejor castidad es la más combatida, así cuando no sintiéredes en vos cosas que os combatan vuestra confianza, no penséis que es mucho de estimar. Por eso la fe de Abraham fué alabada del Apóstol San Pablo, porque creyó y esperó en la esperanza que le daba la palabra de Dios *contra la esperanza* (Rom., 4, 18) que le daban las razones que él veía. No es de alabar la mujer que por eso es casta, porque no hay quien la siga; ni el hombre

que es paciente, porque no hay quien lo persiga; ni tampoco el ánimo que está muy confiada, porque no siente cosas que le conviden a perder la confianza. La fe que agrada a Dios es la que cree sin tener prendas de milagros ni razones; y el amor que le hiere su corazón es el que le tenemos cuando Él nos maltrata; y la buena esperanza cuando nos parece dar cosas contrarias a las que esperamos; y la buena paciencia cuando sin ningún consuelo interior ni exterior padecemos; y la buena confianza cuando, asidos de su bondad y palabra, estamos firmes entre muchas ondas de desconfianza; que de lo que sentimos en estos combates quiere el Señor que aprendamos a tenerlo por verdadero y por bueno: y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales lo que sentimos de Él nos tiene que no caigamos. Y este sentimiento es, no dulzura, mas antes una gran amargura de no tener en nosotros sentimiento de Dios con aquella firmeza que queríamos; y con esto es un arrojarnos a obscuras en su verdad, que prometió favor a los que pelean por Él, y en su bondad, que es una misma, aunque no la gustemos. Y cuando el ánimo está enseñada de esta firmeza en ausencia de la firmeza, dale nuestro Señor muchas veces la firmeza que desea; porque ya no pierde en la recibir; como acaece muchas veces hacer Dios por milagro que vea uno lo que cree; y esto porque ve Dios que es tan grande la fe de aquel, que no cree más por ver, que antes que no veía.

3. Así, hermana, acostumbraos a tener a Dios por quien es, aunque no le gustéis; comed pan de dolor, que Él os dirá algún día (*Jer.*, 31): *Cese tu voz de llorar, y tus ojos de lágrimas; que galardón tiene tu obra.* Contentaos ahora con su cruz, aunque os la dé seca, que Él os dará algún día la suave unción suya. No os espanten los adversarios; que el Señor quiere mostrar su grandeza en vencer con langostas gigantes. No derribéis vuestro corazón porque os veáis ser otra de la que debéis ser y deseáis; que ninguno hay que con tanta paciencia os sufra como el Señor benigno, que conoce muy bien vuestra flaqueza. Y aunque pueda el ánimo que no está del todo sana, tener gozo entrañable, sabed que así como agrada al Señor la perfecta justicia del justo, así le agrada la ver-güenza humilde del imperfecto. Así que, si os pena lo que faltáis, que os consoléis en lo mucho que os so-

bra en Jesucristo. En éste holgad, cuando no viéredes en vos sino trabajos; aquí os esforzad; de aquí pagad lo que debéis, que la fe y amor y la devoción en Él, y el pesar y conocimiento de vuestros pecados y miserias, hacen vuestro a Jesucristo, según la cantidad que de esto lleváredes. Adoradlo y tomadlo; confiad y gozad; conoced vuestra enfermedad, y también vuestro Médico, y más os consolad en Él que os desconsoléis en vos.

El papel faltó, aunque sobra la gana. Cristo os guarde, que por vos murió, y para vos vive. Amén.

#### 49.—A UNA MUJER DEVOTA

*Que padecía trabajos; animala a llevarlos, comparándolos con los que el Señor padeció.*

1. La paz de Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Si vuestra merced pensaba que había de ir a gozar de Dios sin primero pasar por las amarguras de este mundo, muy engañada estaba. Y si, ya que se las da nuestro Señor a beber, le amargan según la carne, flaqueza humana es; porque, según dijo el Salvador (Mt., 26): *La carne flaca es*. Mas si con el espíritu no acepta, y con hacimiento de gracias, la purga que el celestial Padre le envía para su salud, muy gran desacato comete contra la Majestad que se la da, y muy grande infidelidad contra su amor, y muy grande injuria contra su ánima, perdiendo por impaciencia lo que tanto provecho podía traer.

Señora, no piense vuestra merced que este reino de Dios que esperamos es cosa tan poca (1), que no merezca pasar por él estos y otros mayores trabajos; que si otra cosa fuera, nunca Cristo, que todo lo sabe, tan recios tormentos y deshonras pasara por entrar allá y llevarnos consigo. Mas así como este reino tiene bienes mayores *que ningún ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua puede decir, ni corazón pensar* (1 Cor., 2, 9), así pasó Cristo por él penas cuales no se pueden hablar ni pensar. Y esto para esforzar a nosotros que con osado corazón llevemos lo que a nos se nos ofreciere en este camino; teniendo por cierto que, así como el

(1) *Poca*: pequeña.

trabajo de Cristo no le salió en balde, mas tuvo fin y descanso, así de estos nuestros tormentos saldrá tanto descanso, que los daremos por bien empleados. Y si nos parecieren grandes, no es porque lo son, mas porque nosotros somos pequeños, y tenemos poco amor a Cristo crucificado; y, por tanto, nos parece pesado pasar algo de lo que Él pasó; que si amásemos, el amor lo haría todo liviano, y aun delectable. Pues que Cristo recibió nuestras deshonras, y por juntarse con nosotros, fué infamado, y le llamaban *amigo de pecadores* (Mt., 11, 19), ¿por qué el cristiano se tendrá por deshonrado en la injuria que se le ofrezca? Si a Cristo amamos, en la deshonra hallaremos honra, y en los trabajos descanso, y en lo que el mundo aborrece y escupe, hallaremos tesoro.

*El reino de Dios es semejante al tesoro abscondido* (Mt., 13, 44); porque si tanteamos las cosas según lo que de fuera parecen, en la carne nos quedaremos; y estando en la carne, dice el Apóstol (Rom., 8, 8), que *no podemos agradar a Dios*.

2. Entremos, pues, en todas las cosas a lo interior de nosotros, y presentémoslas ante el juicio de Cristo puesto en la cruz; y juzgando, según Él, no recibiremos engaño. Y allí veremos que no se debe sentir por deshonra, ni por trabajo, ni por pérdida sino el ofender a nuestro Señor. Y cuando más se siente la herida en algo de esto temporal que en lo del ánimo, muy mala señal es no sentirlo; y aquello es digno de ser llorado y remediado. Y por remediar este mal envía muchas veces nuestro Señor trabajos en lo temporal, porque hiriéndonos en lo que sentimos, pongamos remedio en lo que no sentimos. Estábamos muertos en las ánimas, y no veíamos nuestro mal, y por eso no buscábamos el remedio; azotónos nuestro piadoso Padre con los cabos de las agujetas (2) donde estábamos muy vivos, para que, experimentando un poco de su rigor, huyamos de experimentar su castigo que nunca tiene fin. Y esto es gran señal de amor para quien desea no ser para siempre perdido; y muy barato compra su salvación, por recio que le parezca el azote.

¡Oh locura miserable de los mortales, que tan puestos tienen los ojos en lo presente, y tan de mal se les hace en lo que les toca, y cuán en poco tienen

(2) *Agujeta*: cinturón.

lo que está por venir! Y aunque saben que en las presentes pérdidas ganan en lo venidero, no lo quieren haber por bueno, mas aventuran, y quieren que les vaya allá mal, con tanto que les venga acá bien. ¡Oh locura tan para llorar, si se sintiese! Quieren pasar de bien en bien; quieren pecar y salvarse; quieren ofender a Dios, y no ser castigados por ello. Y toda su felicidad es, no ser buenos, mas una mala libertad sin castigo.

3. Nosotros señora, no vayamos por este camino, cuyo fin es perdición eternal, mas por el que va derecho al cielo, aunque tenga algunas espinas. Bajemos nuestro cuello a la vara amorosa de Dios: hagámosle gracias en lo uno y en lo otro. Cuando nos envía bienes, conozcamos que nos trata según Él es; y cuando trabajos, como nos merecemos. Y que todo lo tengamos por señal de merced; mas por mayor lo postrero; porque aunque no sea tan sabroso, es más provechoso; y el cristiano más ha de mirar a lo que cumple, que a lo que deleita; y a lo que le hace aquí purgar sus pecados, que a lo que le pone ocasión de hacer otros; y más a lo que le hace semejable a Cristo, que desemejable. Y más quiere ir por donde fueron los que están en el cielo, que por otros sospechosos caminos. Y aunque de haber ofendido recibe pena, mas de ser castigado recibe gozo, porque aunque fuera mejor no haber menester este cauterio, ya que lo es, gran merced es de Dios salvarnos con él. Vamos al cielo, y siquiera sea dándonos cien azotes por las calles; que más le dieron al inocente Cordero sin merecerlos. No merece entrar allá, si no tiene por muy barato todo lo que por Él le pueden pedir. Ahora atrevámonos a perder todo lo que acá florece, que después no nos hallaremos engañados, mas muy acertados. Cristo verdad es, y Él dijo (*Mt.*, 5): *Bienaventurados aquellos que lloran, que ellos serán consolados*. Lloremos, señora; quiero decir, pasemos adversidades, que el consuelo prometido por Cristo no nos faltará. Fiemos a Dios nuestras penas, que Él las tornará en placeres.

4. Destetémonos ya de esta leche, que parece sabrosa, y comamos pan de varones, que son trabajos. Este pan comieron los amigos de Dios; pues ¿por qué a nosotros tan mal nos sabe? Y si todavía nos parece duro, vamos al que nos lo da, y pidámosle alguna cosa en que mojemos el pan para poderlo llevar. ¡Oh se-

ñora, y si pidiese vuestra merced a Cristo que le mojase (3) esta tribulación en sus llagas, cuán blanda le parecería! ¡Si la mojase en cuando le iban pregonando por las calles a voz de pregonero, diciendo de Él lo que en nosotros cabía! ¡Oh si pensase más en las penas de Él, que en las propias tuyas, cómo habría vergüenza en quejarse de sus chicas, mirando las grandes de Él! Entonces vería que lo que le parece pérdida es ganancia, y que *es grande honra seguir el hombre a su Señor (Eccli., 23, 38)*.

5. Diga, pues, vuestra merced al Señor (*Mt., 4*): *Pues eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se tornen pan. Di a este mar que se sosiegue. Di a esta pena que no me parezca dura. Ella en sí no lo es, mas yo soy la niña y la flaca; pon fuerza de amor en mí, para que me alegre yo en ella por Ti, y la reciba por empresa de amor. La empresa que Tú, Señor, por mi amor trajiste, mayores tormentos y deshonoras fueron, porque tu amor no tuvo semejante ni tal dolor; mas a mí, como flaca y de poco amor, otórgame que esta tan chica no me parezca grande. Si las tuyas tan grandes te parecieron tan pequeñas por mi amor, ¿por qué seré yo tan desamorada, que sobrepujen mis penas a mi amor? No lo consientas, Señor, por quien Tú eres: mas haz, pues puedes, que aunque yo mucho padezca, más te ame, y todo lo que padecié me parezca poco por Ti; y cuanto otro tiempo aborrecía yo el padecer, porque no te sabía amar, ahora, Señor, te ame, y el padecer por Ti me sea agradable. Otórgame que yo halle gracia en tus ojos; y si Tú quieres, halle desgracia en los del mundo. Goce yo de Ti para siempre, y siquiera padezca aquí, toda la vida; que ninguna cosa me podrá empecer, si fuere tan dichosa que tenga a Ti por mío en tu reino para siempre.*

Y a todo esto responde: *Pedid, y daros han (Mt., 7, 7)*.

Yo suplico a nuestro Señor Jesucristo dé a vuestra merced gracia para que halle en la hiel miel, y en la miel hiel; todo por amor de Aquel que bebió por nuestro amor hiel como si fuera miel. Amén.

---

(3) *Mojase*; la edición de 1578, *mostrase*.

## 50.—A UNA RELIGIOSA.

*Desconfiada: Que es peor la desconfianza que las faltas; y aunque tenga graves caídas no debe desmayar.*

SEÑORA :

1. Confieso a vuestra merced, cuando veo sus cartas, que se me mueven las entrañas de compasión, y quizá se me rasgan de no ser para ayudarle en algo a llevar su trabajo. Y si a vuestra merced le parece que está en mi mano la ida a le ayudar, sepa vuestra merced que hay otra cosa; y *si de arriba no viene, no podemos tomar nada*, como dijo San Juan (3, 27): Plega a nuestro Señor de la esforzar y consolar como yo deseo. Amén.

2. Y paréceme, según en su carta veo, que no ha vuestra merced estudiado lo que a vuestra merced otras veces he escrito, diciendo que conviene mucho no entristecerse por las faltas en que cae, porque se sigue mayor mal de ello que de las mismas faltas. Y digo esto por las tristezas grandes que dice tener, que cierto han nacido de no desecharlas a los principios. Pídele por amor de nuestro Señor, que no lleve este negocio a fuerza de brazos, pues vale más maña que fuerza; y que se contente con que, por la sangre que Jesucristo derramó, ella tiene una vida, que ya que no sea de perfecta monja, es a lo menos de cristiana pecadora, y puede esperar de ir a purgatorio con ella. Y ya que no creciese en bien, no se derribe ella misma a mayores males, como quien dice: «Pues no me dan lo que quiero, yo desecharé lo que me dan.» Y vaya con dolor su camino; que al fin no será su ánima perdida, sino cobrada en el cielo por Jesucristo. Y esto le pido que me crea, no obstante que no me escriba los males que tiene, porque aunque le parezcan muchos, nuestro Señor la quiere salvar, y la salvará, y Él sabe el por qué no le da el deseo de su corazón; que posible es que si se lo diese, sería dañoso, por las partes que ella no sabe; pues hemos visto a muchos haberse dañado con la espiritual prosperidad, otros haber ido seguros con la pobreza y fatiga, como ella va.

3. Haga vuestra merced aquello para que nuestro Señor le da fuerzas, y trabaje por no caer en ofensa

mortal, lo cual espero en nuestro Señor que le dará para ello su mano; y si la quitase, no por ello desmaye, sino váyase luego a lavar a la fuente de la limpieza, que es el sacramento de la Penitencia, y torne a caminar como primero. Y si le parece que este modo de vivir es desconsuelo, por no estar su ánima sana, verdad es; mas dígole que lleve su desconsuelo con paciencia, como un enfermo hace con su enfermedad, y conténtese, que no es mal de infierno su mal; y esto agradezca mucho a nuestro Señor, pues por su infinita bondad, al fin puede esperar, con la vida que tiene, que se ha de salvar: que no ama nuestro Señor tan livianamente las ánimas, que así de ligero las condene al infierno. Y si vuestra merced no fuere una de las que irán a Él por el camino muy derecho, y con hermosura muy grande, y haber guardado por entero su justicia, será salva en compañía de muchos por haberle pedido misericordia; y con esta esperanza viva, y haga lo que pudiere. Y no piense que sus males son bastantes a perderla, pues está la sangre del Cordero de Dios en medio, y le da gracia para no caer en unos males, y para buscar remedio en otros que cae. sino llévase con dolor más que con desmayo, esperando la salud de nuestro Señor, y ofreciéndose toda en sus manos, y contentándose con lo que viene; y de esta manera huirá del lazo que el demonio le arma con esta desconfianza, que le hace mucho más daño que todo lo demás en que cae.

4. Dígase a sí misma: Si yo soy la que debo, el Señor me salvará, como salva a otros pecadores por su misericordia, pues me da gracia que me pese de mis pecados, y le pida perdón, y reciba sus sacramentos: y si no soy tal cual otros, hago a nuestro Señor gracias que me puso en su Iglesia, aunque yo soy la persona más baja que en ella hay, y la menor que se ha de salvar. Crea, señora, que no es pequeño bien tener una vida con que uno pueda esperar ser salvo, aunque sea al cabo de dos mil años de purgatorio; porque pues de allí han de ir al cielo, y aqueste cielo será descanso para siempre, no se debe tener en mucho cualquier mal, si el paradero es tan gran bien.

El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced, y la esfuerce y abrigue, y haga bienaventurada en el cielo. Amén.

## 51.—A UNA MUJER CASADA

*A cuyo hijo le habia sucedido una desgracia,  
consolándola.*

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced.

1. Como sabe nuestro Señor Dios cuán mucho nos va en conocer nuestros males y los bienes que de Él tenemos, para que le pidamos remedio para lo uno y le demos gracias por lo otro, tiene cuidado de enviarnos algunas tribulaciones para que veamos nuestra flaqueza, y nos desengañemos si por fuertes nos teníamos, y veamos la fortaleza que Dios nos da para alegremente sufrirlas, y conozcamos cuán poderosa es su mano, que en vasos tan flacos pone virtud, y cuan bueno es, pues nos hace ganar en los males.

Dícenme que ha acaecido no sé qué a un hijo de vuestra merced. Sea por ello nuestro Señor bendito, y por todo lo demás que nos acaece; al cual, sin duda, debemos más cuando nos envía de esta fruta, que cuando de las consolaciones; pues mediante éstas limpia nuestras culpas y nos fabrica en el cielo coronas; y las gracias que en estas tribulaciones a Dios se dan es una música cristiana y suave en sus orejas. Digo cristiana, porque el dárselas en las consolaciones es de todos, mas en las tribulaciones de sólo los buenos cristianos, que son como trompetas hechas a golpes, que echan de sí este suavísimo son: *El Señor lo dió, el Señor lo llevó: como al Señor plugo, así fué hecho: sea su nombre bendito (Job, 1)*. Cante, señora, este cantar, si quiere alegrar a sí, y que *se le tornen las piedras en pan*; porque vendrá a tomar tanto sabor en las tribulaciones, que se mantenga y haga fuerte con ellas, y las pida al Señor, como el niño pide pan a su madre. Ligeramente hará esto, si ha dado a sí y sus cosas a Dios; mas si en el hijo estaba algo que a Dios no lo había dado, compasión [he] de verdad de vuestra merced cuánto le habrá atormentado, como herida en la carne llagada; que ella es la que duele, que *el fruto del espíritu gozo* es. Si eso pasa, encomiéndose vuestra merced y dé sus hijos a Dios, pues Él dió su Hijo por amor de ella.

2. Y no tenga por acaecimiento (1) lo que viere

(1) *Acaecimiento*: acaso, casualidad.

venir a su hijo; porque la verdad cristiana confiesa que ninguna cosa viene acaso, mas todas debajo de la providencia de Dios; y como cosa de su mano tome vuestra merced lo acaecido. Y aunque lo tome de su mano, mirele al corazón, y hallará que envió esto con mucho amor, aunque en la mano parezca rigor.

Amanos Dios verdaderamente, aunque alguna vez disimula su amor y finge que se va lejos, no porque nos olvida, pues tiene jurado diciendo (*Ps.*, 136): *Si de ti me olvidare, mi mano derecha sea olvidada, y mi lengua se pegue al paladar, si de ti no me acordare.* Pues, cierto, así lo cumple como lo dice, el que nos tiene escritos en sus manos y muy a su costa; mas apártase porque suspiremos por Él, y agucemos la hambre, para que después mejor nos sepa el pan que mantiene a cielo y tierra. Y el querer ser llamado, no es porque Él haya menester nuestros ruegos, o nos quiera vender su comunicación, pues muchas veces viene antes de ser llamado; mas porque ve Él con su inestimable sabiduría que cumple dejarnos desconsolados años y años, y a muchos por toda la vida presente; y la parte de éstos creo ser la mejor, si hay fe para no sentir mal, y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Aunque, a la verdad, el que algo ve, hallará que otro gozo ni descanso no hay, sino que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros; y la consolación verdadera es gozarnos en la voluntad de Dios, aunque nos desconsuele.

3. Y si estas desconsolaciones nos parece que vienen por nuestra tibieza (que es lo que a muchos suele desconsolar), digo, después de haberlo mirado, que es muy mejor llevar su culpa con igualdad sosegada de corazón, y buena confianza en la misericordia divina, que por matar la mosca (como dicen) que me pica en la frente, darme un golpe con que me mate. No han de ser todos iguales los que al cielo han de ir; ni hemos de desesperar porque no somos de los mejores ni medianos; mas dar gracias a nuestro Señor porque nos dió esperanza de salvación por su clemencia. Y conviene alegrar en esto el corazón, y agradecerlo a Dios, porque no nos quite esto que nos ha dado como a desagradecidos, y así caigamos en el infierno, porque no nos hizo Dios de los mejores del cielo.

Créame, que esta cosa de la paz del corazón, que los perfectos tienen, no se da por descontentos ni puñadas,

mas Dios la da a quien y como y al tiempo que es servido. No dejemos de hacer lo que pudiéremos y tener buena confianza en Dios, en el cual nos debemos de poner tan de corazón, que aun sobre nosotros mismos no osemos dar sentencia de cómo nos va; mas confiados en Él, correr con alegría la carrera de sus mandamientos y de sus pisadas, y esperar que nos galardeará nuestros bienes y perdonará nuestros males, para que por uno y otro le alabemos y bendigamos en los siglos de los siglos. Amén.

## 52.—A UNA PERSONA

*Que estaba muy congojada por su poco aprovechamiento. Que se han de refrenar los deseos desordenados de la perfección.*

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced.

1. La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios. Y así como el que a Dios ama no halla que sufrir, porque no busca sino el querer de Él, y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias, y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. No está el descanso sino en desear poco o nada por amor de Dios, y contentarse con ello por Él; al cual tanto ofrecemos y damos, cuanto por Él dejamos de desear. Y si Dios *abre nuestros ojos para que consideremos*, con David (*Ps.*, 118, 18), *las maravillas de su Ley*, hallaremos que no sólo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior y visible, mas aun en lo que a muchos parece que es santidad desear más y más. Y si pregunta vuestra merced qué es aquesto, digo que las virtudes, y paz del ánima, y el paraíso, y el Señor de él; para que así veamos cuánto es nuestro peligro, pues en lo que es seguridad, lo hay; y cuánta la maldad del propio y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad; no porque las haga él malas a ellas—que no puede—, mas porque deseando las cosas buenas por nuestro fin y amor último, nos hacemos malos nosotros, tornando al revés el orden que el amor de Dios da, que es querer todo lo bueno, y a nosotros con ello, por Dios y para Dios, y de la manera y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por más que la boca lo diga, en desear muchas virtudes, y al mismo Dios, desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, como otras cosas se suelen desear. Porque si yo me nuevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello, mas tenerlo, si Dios quiere que lo tenga, y cuando y como y cuanto quisiere; y no ser codiciosa de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuese estar yo sin virtudes y cielo. Digo «aunque fuese», porque no lo es; mas a lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en la de Dios, que esté aparejada a querer todo lo que Dios quiere que queramos sin sacar alguna excepción. Porque si nuestro amor está vivo, tanto es peor y más encubierto su mal, cuanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como en cosa segura, se suele él más descuidadamente extender; y diciendo que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear a Dios para nosotros. sin orden ni ley, habiendo de ser al contrario.

Acuérdome que dicen (1) algunos Doctores que esta maldad cayó primero en Lucifer, el cual deseó cosa buena, que era la bienaventuranza; mas no la deseó como, ni cuando, ni en quien, ni por quien era razón desearla, mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, o un soberbio la honra. Por cierto, si la raíz y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia; antes, como he dicho, es peor cuanto lo deseado es mejor. Porque no hay peor mal, que desear uno para sí, como para último fin, el último fin, el Sumo Bien de los bienes, que es Dios, el cual debe ser el fin y el paradero de todos nuestros deseos.

2. Y si alguno dijere—por no entender bien lo que digo—, que parezco decir que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos, mas que lo dejemos a Dios, así lo del ánima como lo del cuerpo, digo, que así como en las cosas exteriores hemos de ser diligentes, y no congojosos ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios, y tomar con paciencia lo que nos viniere, así en lo del ánima debemos ser más diligentes; mas con condición, que si con todo ello, viéremos que no tenemos cuanto queremos, no hemos de dejarnos caer en una impaciencia que sea peor que

(1) *Dicen*; las ediciones de 1578 y 1595, *me dicen*.

la principal falta porque nos da la pena; mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al cual agrada más la humildad y paciencia en las flaquezas, que la soberbia devoción y contentamiento en la fortaleza. Y si no alcanzamos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas.

¿Por ventura echó a perder otra cosa al fariseo soberbio (*Lc.*, 18), sino el contentamiento de sus buenas obras? ¿Y salvó al publicano, sino el conocimiento y desplacer de sus malas, pidiendo a Dios misericordia? No todos son para conservar la humildad entre la alteza de las virtudes; y muy pocos hay a quien no descontenten sus faltas. Y por eso, aunque el primer camino es más alto, el segundo es más seguro. Todo lo cual dispensa el sapientísimo Dios, guiándonos por diversos caminos para un mismo fin, que es Él.

3. Y por más codiciosos que seamos, esto nos debe consolar, que es esperar que iremos a[1] paraíso, ahora sea por la alteza de virtudes, como algunos van, ahora por conocimiento de cómo nos faltan, y con penitencia de ello, como otros muchos van. Y aunque por esto no debemos dejar de imitar a los muy mejores que viéremos, pues Dios nos ha dado deseo de ello, y serenos ha tomada cuenta si no lo hacemos, empero así deseemos ser mejores, como tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos. Que de otra manera, no creo que ha habido hombre en este mundo (dejando aparte lo que todos entienden) que no desease ser mejor de lo que es; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban por su propia codicia, que nunca dice: «Harto hay» (2), mas por Dios, con cuyo repartimiento están contentos, aunque menos les diera, teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que Él le da, más que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servicio de Dios. Y no creo que hay paz en aqueste mundo sino en la paciencia; ni creo que es verdadera paciencia la que sufre a sus prójimos y no sufre a sí mismo; no para que deje de castigar y enmendar sus faltas, mas para que no se le derribe el corazón, ni se entristezca demasadamente, sino que ande, en todo lo que le acaeciére, contento de dentro y de fuera, haciendo sus diligencias; las cuales todas, si no las hiciere, vale más que le pese y se levante presto

(2) *Harto hay*: basta.

con alegría, que dobla las fuerzas, que no que, pensando que llora sus faltas por Dios, desagrade al mismo Dios con servirle mal con el corazón caídas las alas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

La conclusión sea lo que dice San Pablo (1 Tes., 5, 18): *En todas las cosas haciendo gracias a Dios.*

Use la oración, e irlle ha bien.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

### 53.—A UN DEVOTO SIERVO DE DIOS

*Que entendia, junto con otros, en algunas buenas obras. Encareceles lo que a todos importa la humildad para no caer.*

*De caetero, frater, confortare in Domino, et in potentia virtutis ejus (Ephes., 6, 10), que fiel es el que nos llamó, no para dejarnos en el medio camino, sino para llevarnos al fin de todas las cosas. Y aunque habrá enseñado a esos sus siervos cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose el ánimo, no me impute a mal que por mi indigna boca se lo encomiende y reencomiende. ¡Oh señor, y cuántos que bien caminaban, han sido descaminados por faltarles esta virtud! Y lo que peor es, que yendo fuera del camino, piensan que van en él. ¿Qué remedio queda al miserable que tiene ciego el mismo ojo con que ha de ver sus defectos, y que tiene enfermedades en la parte que había de ser cura de las enfermedades? Tiemblo en pensar esto. Que no sé por dónde o cómo entra tan delicada soberbia, que sintiendo un hombre que todo el bien que tiene es de Dios, y que de sí no tiene sino pecados, con este sentido esté lleno de soberbia, que baste a desagradar a Dios. Verdaderamente debemos temblar *in conspectu Domini*, y no sentir maravillosas cosas de nosotros, ni tener en poco a quien camina por donde a nosotros no parece. Porque este negocio más consiste en hallar gracia delante los ojos de Dios, que en tener muchos dones, que a las veces pueden estar sin gracia, o con menos gracia, y ser más cuerpo que espíritu, y riquezas humanas o dones gratuitos dados a los hijos de las concubinas, que prenda de la heredad que se da a los hijos.*

Señor, humillemos *ex toto corde animas nostras*; escarmentemos en tantos que parecían altísimamente

caminar, y el fin declaró que fué principio para mayor caída, y no alteza debida delante los ojos del Altísimo Dios. No es daño que nos tengamos a raya, aunque algo se excediese en sentir menos de nuestros dones que sería razón; mas es muy gran daño si un poco excedemos. Por eso nos está aconsejado (*Lc.*, 14, 10): *Recumbe in novissimo loco*. San Agustín, aconsejando: *Quae est via ad coelum?*, dice: *Humilitas*; y si otra vez me preguntáredes, responderé lo mismo; y si otra vez y mil, no responderé sino *Humilitas*. Y ésta, como digo, no es sentir solamente que todo el bien es Dios, y el mal nuestro, sino otro sentido allende de éste el cual yo sé poco sentir, y de lo que siento sé menos hablar. Ruego a Jesucristo que Él lo enseñe a todos, porque tengo por cierto que ninguna persona lo sabrá enseñar, ni el hombre que en esto está errado lo sabrá tomar, si por particular merced de Dios no se abren a ello los ojos; *expertus loquor*.

Tanto esos siervos de Dios durarán en lo comenzado, cuanto esta modesta y pacífica, y que de sí poco siente, humildad, les durare; porque por faltar ella, se han ido todos los edificios que parecían ir buenos; y adonde ella está tiene puestos Dios sus ojos.

*Gratia tecum, et fratribus meis, tecum commorantibus.*

#### 54.—A DOÑA SANCHA CARRILLO (1)

*Animándola a confiar en el Señor; encárgale el ánimo en el camino de Dios.*

MUY MAGNÍFICA SEÑORA:

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

En dos cosas nos conviene mucho estudiar, si no queremos ofender a nuestro Señor: una es en amar su bondad, otra en confiar de su misericordia. Grandísima es la ceguedad del ánimo que a tan buen Señor no ama; y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confía. Y así como las mercedes que nos ha hecho nos deben incitar a le amar (pues que son hechas con el amor que

(1) Así consta por una copia de El Escorial; y se confirma por el final de la Carta, donde habla del Sr. D. Pedro, sacerdote, hermano de doña Sancha.

Dios nos tiene, el cual pide amor), así nos deben esforzar a confiar, pues que quien nos ha dado lo pasado y metido en su carrera, nos dará el acabar en ella. Y lo mismo debemos sacar de la pasión de nuestro Señor, al cual debemos amar, pues El fué el que murió por nuestro amor, y tener confianza en sus merecimientos. Váyase, pues, a lejos toda duda, toda flaqueza de corazón y toda desconfianza; pues cuanta es la virtud de su pasión, tantos son nuestros merecimientos, pues que ella es nuestra, siendo nosotros de Jesucristo; que El nos la dió. Allí confío yo y presumo, allí hago burla de mis enemigos, allí pido yo al Padre ofreciéndole a su Hijo, de allí pago lo que debo, y me sobra. Y aunque mis dolores son muchos, allí hallo mayor remedio y causa de alegría, que en mí de tristeza.

2. ¡Oh amoroso Dios y todo amor, y cuán grande bofetada te da quien de todo su corazón en Ti no confía! Si con habernos Tú hecho tantas mercedes, y lo que más es, con haber por nosotros muerto, aun no confiamos de Ti, ¡no sé qué diga, sino que somos peores que brutos! ¿Cómo, y qué creeremos que [no] nos darás, pues tanto nos has dado? ¿No creeremos que defenderás a los que sacaste del infierno? ¿No darás de comer a los que tomaste por hijos? ¿No enseñarás la carrera a los que, siendo descaminados, pusiste Tú en ella? ¿No darás lo que te pidieren para tu servicio a los que dabas muchas cosas andando fuera de tu servicio, y ofendiénd[ote] ellos, los defendiste Tú, y huyendo de Ti, los seguiste y trajiste a Ti, y los alimpiaste y diste tu espíritu, y henchiste sus ánimas de gozos, dándoles beso de paz? ¿Y para qué todo esto? Por cierto para que crean que pues por Cristo los reconciliaste contigo siendo enemigos, mejor los guardarás por Cristo siendo ya amigos.

¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¡Plega a Ti que no permitas que, después de tantos millares de beneficios, ande nuestro corazón en dudas y preguntando si nos amas o no, si nos has de salvar o no! Más claros son tus testigos, los cuales son las cosas que has obrado, que el sol de mediodía, que dan testimonio que nos quieres bien, y esperanza que nos has de salvar.

3. Asentemos, pues, nuestro corazón con esta fiducia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos en nos el dulzor de las consolaciones de Dios. Porque así

como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paciencia [la] que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes, y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas, y osemos esperar que nos irá bien en Él, pues Él lo mandó que así lo esperemos. ¿Sentimonos flacos? Esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque *los que en Dios confían mudarán fortaleza; y tomarán alas como palomas, volarán, y no faltarán* (Is., 9).

¿No sabemos lo que hemos de hacer? Confiemos en Dios, y serenos ha dada luz, como dice Isaías (50): *Si alguno anduvo en tinieblas y no tiene luz, espere en el nombre del Señor, y arrímese sobre su Dios: y en otra parte está escrito* (Sap., 8): *Los que confían en el Señor entenderán la verdad.* ¿Estamos en tribulaciones? Esperemos en Dios, y seremos librados, como dice Dios por David (Ps., 90): *Esperó en Mí, y Yo le libraré.* En las cuales palabras habemos de mirar que no pide Dios otro merecimiento para librarnos, sino *esperar.* Y con mucha razón, porque los que caen en tribulaciones, por poca fe caen. Como San Pedro, que mientras no tuvo temor, anduvo por encima la mar como si fuera firme tierra; y cuando temió, luego comenzó a hundirse, y oyó de la boca de Jesucristo (Mt., 14): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Temamos, pues, esta reprehensión. Aunque la mar de las tentaciones ande muy brava, no caiga ni migaja de duda o temor en nuestro corazón; mas confiados en quien tan de verdad nos ama, estemos seguros en medio de cualesquier peligros.

Todo esto he dicho, porque así como querría ver a vuestra merced creer la santa fe católica sin error, y amar a Dios sin pizca de tibieza, así la querría ver confiar en Dios sin pizca de duda o temor. Créame, que basta Dios para todas nuestras dudas y tentaciones. Pluguiese a Dios y ya nos convirtiésemos del todo a Él, y nos arrimásemos a Él; que cierto, no es menester criaturas, si bien supiésemos darnos al Criador. Y si alguna vez dudáremos algo, no nos determinemos en ello, sino pasemos a entender en otras cosas; que pues Dios no nos da medio para saberlo, no debe de ir mucho en saberlo.

4. Lo que en esta Cuaresma encomiendo a vuestra

merced y al Sr. D. Pedro (2) (para el cual también escribo esta carta) es que tenga mucho tiento en los ayunos y cosas que tocan al cuerpo; y miren que no olviden esta palabra. Y que trabajen mucho que ayunen sus memorias de todo pensamiento de criaturas, y aunque sea de sí mismos; mas todo olvidado, nosotros también nos pasemos a Dios, y en Él moremos. Y ayunen de toda consolación de cualquiera criatura, para que viviendo en soledad de pensamiento, venga Dios a henchir las ánimas que estuvieren vacías de criaturas. Y cuando delante de Dios se hallaren, trabajen más por escucharle que por hablarle, y más por amarle que por entenderle.

El mismo Jesucristo, de quien hablamos, sea con vuestra merced y con todos. Amén.

#### 55.—A UNA SEÑORA

*Que tenia muy a su cargo. Que no dude del amor que la tiene; que trabaje por los prójimos antes de llegar a la oración recogida.*

1. Si vuestra merced supiese cuán gran gozo ha sentido mi ánima con sus cartas, creo que me escribiría muchas veces, aunque más el demonio lo estorbare. Y si supiese cuán gran favor es para mí verla confiada de mi fe, y que se atreviese a probarme, creo que se le quitaría parte de las imaginaciones que el demonio le trae cerca de pensar que me da fastidio. Yo, señora, no he tomado tan de burla el habérmela puesto el Señor en mis manos, que me fastidie de cosa, por grande que sea, cuanto más de cosa que no es penosa, sino alegre. Pídele yo, por amor de nuestro Señor, que se lo pregunte ella a nuestro Señor si la amo o no, que yo espero de Él que le dirá que sí, pues es amigo de la verdad, y sabe que es así. ¿Ya no sabe que el arte del demonio para derribar a flacos es ésta? ¿No sabe cuánto daño hace en sus vecinas este pensamiento cuando le creen? Bien sabe ella reñir con

---

(2) Don Pedro, sacerdote ejemplar, y muy fiel discípulo del M. Avila, por cuyo consejo desistió de pretender prelacías, y se dió a imitar las virtudes de su santa hermana. doña Sancha. (Véase Montaña: OBRAS. t. II, página 437.)

los que no creen ser amados, y bien sabe volver por el ausente. ¿Por qué no toma ella para sí lo que aconseja a los otros? ¿Por qué me quiere fatigar con su incredulidad como los otros? No pase esto así, por amor del Crucificado, sino que esté confiada que el Señor la ama, y me da a mí amor verdadero para todo lo que necesario le fuere, hasta que gane esta corona para que el Señor la llamó; la cual no será pequeña, ni estoy yo poco gozoso de ser yo ayudador para que se gane. Y no diga ni piense que es ese estado para su condenación, que es tentación del mismo demonio, que querría que lo dejase para llevársela él. No la llamó nuestro Señor sino para que se salve; y gracias a Él que la ha conservado y conservará en el bien que ha comenzado, aunque al demonio le pese.

2. Y si le parece que no tiene aquel recogimiento que debía, yo me huelgo que lo desee y suspire por él, mas no de manera que piense (1) que no sirve a Dios en hacer lo que hace. Muchas veces sirven personas más a Dios con no tener recogimiento y desearlo, que con tenerlo; porque algunas, y muchas veces, quiere Dios que por entender en sus hijos, dejemos el dulzor de entender con Él sólo. Y el Patriarca Jacob (*Gen.*, 29) estaba enamorado de Raquel, que era hermosa, y sirvió siete años porque se la diesen por mujer; y al cabo diéronle a Lía, hermana de Raquel, sin saberlo él; y como él se quejase, respondieronle que en aquella tierra no se usaba casar primero las hijas menores, como él quería; dícenle que se case ahora con ésta, y que si mucho amaba a la otra, que trabajase otros siete años por ella, y que al cabo de ellos se la darían; y así lo hizo, y así lo alcanzó. Quien se quiere casar con la vida hermosa del recogimiento y oración devota, bien desea; mas conviene primero que se case con la vida trabajosa, y que se ocupe primero con prójimos, y después perseverando, darle han otra cuando el Señor viere que cumple. Mas entretanto el Señor se contenta con que suspiremos por ella, y entendamos en esta otra. No hace bien quien se huelga con las ocupaciones, ni hace bien quien se anda quejando en ellas; mas aquél cumple con lo que Dios quiere, que trae las manos y obras en servir al prójimo, y su deseo es servir al

---

(1) *Piense*; las ediciones de 1578 y 1595, *no piense*.

Señor en más quietud; no para que este deseo le haga quejar o descontentar, mas tome en paciencia la ocupación y en amor la quietud; las manos en lo uno, y los ojos en lo otro; obedece por lo uno, y suplica por lo otro. Y según dije, de algunos se sirve más Dios en lo primero de trabajos, que en lo segundo de descanso; porque solemos solapar el deseo que tenemos de holgar y seguir nuestra voluntad, y el no sufrir pesadumbres ajenas, debajo del título de darnos a la contemplación. Y por eso el Señor, que sabe más que nosotros lo que nos cumple, y los deseos de nuestro corazón qué tales son, tiene cuidado de guiar nuestra vida según sabe que nos cumple; y el servidor suyo así le debe obedecer, y así lo debe tomar con hacimiento de gracias.

3. Y si dice que la ocupación que tiene es buena, sino que ella es floja y no sirve a Dios como ella querría y debe, también quiero que así lo conozca y así lo diga, porque ¡ay de aquel que pensare que puede valerse con Dios sin pedirle misericordia! Conózcase, señora, por mala, y cobijarla ha Dios con su bondad y misericordia; y cada día le irá haciendo mayores mercedes; y piense que así, tal cual es, la ama nuestro Señor y la quiere; con que persevere en la guerra sin volver las espaldas, lo tiene contento, y a mí también. Y pues su Padre del cielo y de la tierra están contentos, estélo ella, no para dejar de pasar adelante en el servicio de nuestro Señor, sino para no estar desmayada en la vida que tiene. Y tenga crédito, que el Señor se sirve de su estado ahí, y yo se lo digo de su parte; y que la ha de consolar mucho, y hacer muy grandes mercedes. Y guarde bien esta palabra: Sea fiel a Dios, y no le vuelva las espaldas: no crea consejos del demonio, ni de carne ni sangre. Ose fiarse, y ose ofrecerse por Dios a morir, primero que deje lo que ha comenzado, que presto verá cuán bien lo hace Dios con los que están firmes en la pelea por Él.

Y el Espíritu Santo guarde y conforte a vuestra merced.

## 56.—A UNAS MUJERES DEVOTAS

*Que padecian trabajos: animalas a llevarlos conociendo que son mercedes de Dios; y declárales su amor para con los hombres.*

1. Vuestra carta recibí con tanto amor con cuanto me fué enviada; porque de verdad podéis creer que si nuestro Señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me améis por Él y en Él, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras.

Y cuanto a lo que decís de vuestros trabajos, plácame que los tengáis, y pésame que los sintáis; porque creed por muy cierto, que otro camino no hay para alcanzar los gozos del cielo, que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera, nuestro Redentor y Maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues su bendita boca llama *bienaventurados a los que lloran, a los que padecen hambre y sed, a los que padecen persecuciones* (Mt., 5), y toda su vida no fué sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda a los que somos discípulos suyos, sino que firmemente creamos que éste es el camino de la salud? No dudéis, hermanas muy amadas, de seguir la luz, que es Cristo; que, sin falta, si vais por donde Él fué, iréis adonde Él fué; porque palabra suya tenemos, que *adonde Él estuviere, estará su sirviente* (Jn., 12, 26). No miréis de quién o por quién vienen los trabajos, como hacen los que dicen: Si Dios me los enviase, sufriríalos; mas vienen de Fulano y Fulano, ¿por qué los he de sufrir? Estos, teniendo ojos no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan; mas si a Dios los alzasen, verían la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña que por mano de los malos limpia Dios a los suyos, y por mano de esclavos enseña a sus hijos, y que todo lo ordena Él para provecho de quien le ama.

2. Nunca tengáis cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo; tenedla con Dios, y en sus benditas manos os arrojad; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por los trabajos y por el descanso, que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificación. Y si Dios os diese viva fiducia de que sois amadas de Él, y que todo lo que os viene os lo

envía Él por vuestro bien, y para en testimonio que os ama, no os hallarían esas tinieblas; antes, aunque muy incrédulas fuédeses, creeríades a amor probado con tantos testigos. ¡Oh fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto criaste el cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos criaste y conservas después de criados, para que, pues es cierto que todo esto Tú nos lo das, y no por temor que nos tengas, ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas. ¿Quién será aquél tan descreído que, no habiendo pasado ni un solo momento de todos los años que ha vivido, en el cual no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazón que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele a hacernos mercedes? Cobran fama los hombres de dadivosos por diez o doce mercedes que hacen, son creídos los hombres por dos o tres testigos que traen en prueba de lo que dicen; ¿y por qué, hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazón fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay, y cuanto tenemos y somos, dicen a voces que nos quiere bien Dios?

3. Y porque no pusiesen los hombres tacha en estos testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios. quiso Él, por su infinito y eterno e incomprensible amor, darnos por amor a su amado Hijo, para que teniendo una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad: que nos ama Dios.

¡Oh abismo de infinita bondad, del cual tal dádiva sale al mundo, que así lo ames, que des a tu Unigénito Hijo, para que todo hombre que cree en Él y le ama, no perezca, mas tenga la vida eterna! (Jn., 3, 16.) Alábente los cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque Tú, tan grande, has amado tan grandemente a los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que dude en tu amor, viendo dar a tu Hijo? ¿Quién será aquel que no te ame, viéndose tan amado? ¿Quién será aquel que no esperará verte en el cielo, pues por nos fué visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que seremos ensalzados por Él? Porque más fué abajarse Dios a ser hombre, que los

hombres ser ensalzados a ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios; mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho hijo de Virgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles, mas mayor fué ser Dios acompañado de ladrones en el día de su Pasión. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios a gozarnos con Él y para siempre, mayor cosa fué el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente, y con tanto propósito de padecer por los hombres, que si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz padeciendo hasta la fin del mundo, allí lo estuviera. Porque determinado tenía de rescatar a los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dió, no pasó más. Aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó, y por el amor con que determinó de pasar por nos mil tanto, si menester nos fuera.

Considerad, pues, esta muerte tan penosa y tan larga en la intención de Cristo nuestro Señor, y veréis que no es mucho que den vida sin fin y con gozo a los hombres que tuvieren fe y amor a este Señor, pues Él por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazón lo que dice San Pablo (*Rom.*, 8), y nunca de vuestra memoria se parta: *Que cuando Dios a su Hijo nos dió, todas las cosas nos dió con Él.* Claro es que quien dió el Hijo, dará la casa y la hacienda y todo lo demás; porque todo es menos que el Hijo, y tal Hijo.

4. Pues si todo esto habéis escuchado con aquellas orejas con que se oyen las cosas de Dios, yo sé que en todas las cosas que os acaecieren sintáis el vivo amor con que Dios os las envía, y os sean todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros habéis tan cercadas de saetas de amor. que no podáis (si piedra no sois) dejar de amar a quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras para recogeros a amar a Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que antes os distraían, ahora os recogerán (1); y las que derribaban vuestra confianza, ahora os la esforzarán. Porque, decidme, ¿quién no confiará de quien ve ser tan amado, que a

(1) *Recogerán*; la edición de 1578, *regirán*.

cada momento le hace mercedes? Bienaventurado aquel a quien Dios dió sentimiento de su bondad en todas las cosas, y que de todas usa en viva fe; y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para desconfiar, y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envía para le encender.

5. Mirad, hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seáis como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban. No seáis maliciosas y sospechosas: que si os saludan, penséis que os maldicen. No seáis víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña. Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos. Y no le seáis tan desabridas, que lo que Él os envía para señal que os ama, lo toméis por señal que no os ama. Él lo envía para que más y más confiéis en Él; no lo toméis para entristeceros, y derribar vuestro corazón con desconfianza. Señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al revés.

¡Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da a quien lo tiene, y tanto desacato es contra Dios! Este es el que no os deja reposar, y el que mil cuentos de veces os turba y angustia, y os hace que no halléis anchura donde reposar; la cual veríades tan ancha y más ancha que lo es la anchura del cielo, si dejado vuestro corto parecer, os encomendásedes en la infinita bondad del Señor, de la cual veis que tantas veces ha con vosotros usado. Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama, después de traídas, el que os trajo a Sí estando apartadas. Os amó estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará ahora que os ha limpiado y emblanquecido con su sangre hermosa? No seáis de tan poca fe para con quien es razón que tanta tengáis. Poco hacéis en fiaros de quien tantas prendas tenéis. Vivid en fe de quien nunca desamparó a los que con humilde corazón de Él se fiaron. Tened cuidado, no de regiros, más de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta (2), y vuestro parecer ciego: no queráis tales guías. Guíeos aquella voluntad sumamente buena, y

---

(2) *Tuerta*: torcida.

que no puede querer sino lo bueno. Rijaos aquel saber que ni engaña ni es engañado. Echad vuestro cuidado en Aquel que tan bien cuida y vela sobre los que a Él se encomiendan. Arrimaos a Aquel que os miró antes que vosotras nacíesedes: dad gracias a Aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre, y que os tiene aparejado un reino sin fin.

6. Y porque si esto creyédes y sintiédes, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintais; y si lo sentís, no os derriben, mas sea vuestra fortaleza Aquel que por nosotros se hizo flaco.

No hay más papel, y por eso no escribo más. Esta hayan por suya todos los que vosotras mandáredes, y rogad por mí.

#### 57.—A UN HOMBRE DEVOYO.

*Persuadele a que se recoja del todo en Dios.*

*Pax Christi, quae exuperat omnem sensum (Philip., 4, 7), semper tecum.* Recibí vuestra carta, y ruego a nuestro Señor Jesucristo os dé a entender cómo, para quien a Dios sabe buscar y tener, más le impiden las criaturas que le aprovechan. ¡Oh si quisiésemos mortificar nuestras pasiones, y dar nuestros corazones libres a nuestro Señor, como barro en mano de ollero! ¡Oh si no huvésemos de su presencia, mas estuviésemos en silencio escuchando, como dice David (*Ps., 84, 9*), *lo que el Señor Dios habla a su pueblo, y a los que se convierten al corazón!* Sin duda le *habla una paz* y sosiego, que harta a todo el hombre, y le hace decir (*Ps., 72, 28*): *Buena cosa me es a mí llegarme al Señor, y poner en Él mi esperanza.* Recojamos, pues, nuestros derramamientos, y cerremos las puertas de nuestros sentidos, que son *ventanas por donde sube la muerte (Jerem., 9, 21)*, y esperemos a Dios apartados de todo solaz y memoria de las criaturas; que, sin duda, echada toda la gente de casa, hallaremos dentro al que en todas partes está, y nuestros alborotos que tenemos no nos lo dejan gustar, por ser Él quietísimo y amador de reposo.

Cosa es ésta para espantar, que nos manda Dios tener sosiego, y no queremos nosotros. Nuestra memoria está sosegada con la memoria de sólo Dios, cerrando la puerta a las criaturas, que son unas moscas

que quitan el dulce sueño. Nuestra voluntad está muy quieta, habiendo recogido todo su amor y puéstolo en Dios. De las otras partes del hombre no es de curar, porque son semejables a bestias, y no está en nuestras manos sosegarlas del todo; aunque muchas veces de la paz y gusto del ánimo desciende a la parte sensitiva, como dulce maná que viene del cielo a la tierra, para que todo el hombre diga cantando (Ps., 83, 3): *Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo*. Eusquemos a Dios, y bástanos. Él nos enseñará, consolará y hartará, sin haber más menester; porque a ninguno va mal sino porque huye de Él.

Leed, orad y comulgad, y tened caridad, y será Dios con vos; y rogadle por mí, que así lo hago yo por vos.

#### 58.—A UNOS SUS DEVOTOS

*Afligidos por una persecución que se había levantado: animándolos al amor de la cruz de Cristo: de cuya imitación habla regaladamente. Consejos para el tiempo de la persecucion.*

1. *Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están; y esto por la consolación con la cual Dios nos consuela. Porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación (2 Cor., 1. 3-5). Palabras son éstas del Apóstol San Pablo. Tres veces fué azotado con varas, y cinco con azotes, y una vez apedreado hasta que fué dejado por muerto, y perseguido de todo linaje de hombres, y atormentado con todo género de trabajos y penas (2 Cor., 11, 25), y esto no pocas veces; mas como él en otra parte dice (2 Cor., 4, 11): *Nosotros siempre somos traídos a la muerte por amor de Jesucristo, porque la vida de Jesucristo sea manifiesta en vosotros*. Y con todas estas tribulaciones no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra o regalo; no importa a Dios que se las quite. como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como los que las desean*

poco; mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias por ellas al Dador de ellas, como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de Aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en que estábamos sirviendo a la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de Dios, y nos dió arras y prenda de gozar en el cielo de Él y por Él.

¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son desfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar. Y si algún seso hay en nosotros, mucho deseo tendremos de estos abrazos; porque ¿quién no desea al que todo es amable y deseable, sino quien no sabe qué cosa es desear? Pues tened por cierto que si aquellas fiestas os agradan, y las deseáis ver y gozar, que no hay otro más seguro camino que el padecer. Esta es la *senda* por donde fué Cristo y todos los suyos, que Él llama *estrecha*, empero *lleva a la vida* (Mt., 7, 14); y nos dejó esta enseñanza, que si queríamos ir donde está Él, que fuésemos por el camino por donde fué Él; porque no es razón que yendo el Hijo de Dios por camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por caminos de honras, pues que *no es mayor el discípulo que el maestro, ni el esclavo que el Señor* (Lc., 6, 40). Ni plega a Dios que nuestra ánima en otra parte descanse, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas.

2. ¡Oh Jesús Nazareno, que quiere decir *florido*, y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos, y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen, y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste me curaste y libráste y me amaste, dando tu vida y

sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar, y en ella te hallo, y hallándote me curas, y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú amándome, moriste de amor de mí. Mas, ¡ay de mí, y cuánta vergüenza cubre a mi faz, y cuánto dolor a mi corazón!; porque siendo de ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos. Bien sé que no todos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; empero mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuanto más pidiéndote, no descansos, mas trabajos por Ti.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo, y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh cuán mal parece nombre de siervo tuyo y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de Ti, y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz. ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O fuéte algún día esta túnica blanda, que tanto a raíz de tus carnes anduvo, hasta decir (*Mt.*, 26, 28): *Triste es mi ánima hasta la muerte?* ¡Oh, que no descansaste; porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga desde los pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en Ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para Ti, y para nosotros dulce; y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar. Quien mirando a Ti, amare a sí y no a Ti, grande injuria te hace. Quien viéndote tal, huyere de lo que a Ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a Ti semejable. Y quien tiene poco deseo de padecer por Ti, no conoce a Ti con perfecto amor; que quien con éste te conoce, de amor de Ti crucificado muere, y quiere más la deshonra por Ti, que la

honra, ni todo lo que el engañado y engañador mundo puede dar.

Callen, callen, en comparación de tu cruz, todo lo que en el mundo florece, y tan presto se seca; y hayan vergüenza los mundanos del mundo, habiendo Tú tan a tu costa combatido y vencido en tu cruz; y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos, en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues Tú tan reprobado y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la Verdad, que eres Tú. Más quiero tener a Ti, aunque *todo* lo otro me falte—que ni es *todo* ni *parte*, sino miseria y pura *nada*—, que estar yo de otro color que Tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres Tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero ser Tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza; porque Tú eres el bien verdadero.

3. Olvidado me había, amados hermanos, de lo que comenzado había a hablaros, rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis y no os maravilléis, como de cosa no usada o extraña de los siervos de Dios, con las persecuciones o sombra de ellas que nos han venido. Porque esto no ha sido sino una *prueba o examen de la lección* que cinco o seis años ha que leemos diciendo: «¡Padecer! ¡Padecer por amor de Cristo!» Veislo aquí a la puerta; no os pese, a semejanza de niños que no querrían dar lección de lo que han estudiado: *mas confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza (Efes., 6, 10)*, que os ama para querer defenderos; y aunque es uno, *puede* más que todos, pues que es omnipotente; pues por falta de *saber* no temáis, pues no hay cosa que ignore; pues mirad si es razón que se mueva quien con estos *tres nudos* estuviere atado con Dios. Ni os espanten las amenazas de quien os persigue, porque de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo.

Y tengo gran compasión de su ceguedad, porque el Evangelio de Cristo, que yo en ese pueblo he predicado, está cubierto a los ojos de ellos, como San Pablo dice (2 Cor., 4, 3-4), *que el Dios de este siglo, que es el demonio, cegó las ánimas de los infieles para que no les luzca la gloria del Evangelio de Cristo*. Y deseo mucho, y lo pido a nuestro Señor, que haya misericordia de ellos, y les dé bendiciones en lugar de las

maldiciones, y gloria por la deshonra que me dan, o por mejor decir, dar quieren; porque en la verdad yo no pienso que otra honra hay en este mundo, sino ser deshonrado por Cristo. Haced, pues, así, amados míos, y sed discípulos de Aquel que *dió beso de paz*, y llamó *amigo* (*Mt.*, 26, 50) al que le había vendido a sus enemigos. Y en la cruz dijo (*Lc.*, 23, 34): *Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen*. Mirad en todos los prójimos cómo son de Dios, y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal a quien Dios desea bien. Acordaos cuántas veces habéis oído de mi boca que hemos de amar a nuestros enemigos; y con sosiego de corazón, y sin decir mal de persona, pasad este tiempo, que presto traerá nuestro Señor otro.

Y estad sobre aviso, que no tornéis atrás ni en un solo punto, del bien que habiades comenzado, porque eso sería extremo mal; mas asentad en vuestro corazón que este a quien habéis seguido es el Señor de cielo y tierra, y de muerte y de vida, y que, en fin (aunque todo el mundo no quiera), ha de prevalecer su verdad; la cual trabajad por seguir; que siguiéndola, no sólo a hombres, mas ni a demonios, ni aun a ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.

4. Usad mucho el callar con la boca hablando con hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien; y quiere Él que venga por la oración, especialmente pensando la pasión de Jesucristo nuestro Señor. Y si algo padeciéredes de lenguas de malos (que otra cosa no hay que padezcáis), tomadlo en descuento de vuestras culpas, y por merced señalada de Cristo, que os quiere limpiar con lengua de malos, como con estropajo, para que ella quede sucia, pues habla cosas sucias, y vosotros limpios con el sufrir, y vuestro bien esté cierto en el otro mundo. Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que veis ahora andar errados; porque no sabéis cuánto duraréis en el bien, ni ellos en el mal; mas *obrad vuestra salud en temor* (*Phil.*, 2, 12) y en humildad; y de tal manera esperad vuestro bien en el cielo, que no juzguéis que vuestro prójimo no irá allá; y así conoced las mercedes que Dios os ha hecho, como no desperditéis las faltas de vuestros prójimos; porque ya sabéis lo que acaeció entre el fariseo y el publicano (*Lc.*, 18, 10), en lo cual debemos escarmentar.

No hay santidad segura sino en *el temor* santo de Dios, *en el cual envejeced*, como la sagrada Escritura dice (*Eccli.*, 2, 6), para dar a entender que no sólo conviene a los principios, mas aun al fin, temer a nuestro Señor Dios. Este temor no da fatiga; mas en gran manera es sabroso, y quita toda liviandad del corazón, y hace al hombre que aun lo que bien hace no ose aprobarlo por bueno, mas deja a Dios el juicio de sí y de todos, como San Pablo decía (*1 Cor.*, 4, 3): *Yo no me juzgo a mí; mas quien me juzga el Señor es.* Este temed si queréis perseverar en el bien, y que vuestro edificio no se caiga, mas crezca firme hasta llegar al Altísimo Dios; lo cual se hace por el amor: el cual plega a Jesucristo nuestro Señor de os dar. Amén.

Rogad a Dios por mí muy de corazón, como creo que lo hacéis; que yo espero en Él que os oirá, y me os dará para que os sirva como de antes.

#### 59.—A UN SU DEVOTO.

*Cuán flaca cosa sea un hombre sin Dios, y cuán fuerte cuando Dios lo guarda en lo escondido de su rostro.*

La paz de nuestro Señor sea siempre con vos.

1. Es tanta nuestra flaqueza, y tan astutos y fuertes los que nos guerrean, que no es de maravillar si alguna vez somos vencidos. mas si alguna vez vencemos; y a la verdad, nunca vencemos, mas *vence* en nosotros Cristo, que es fuerte *León de Judá* (*Apoc.*, 5, 5); el cual si nos dejase, luego *seríamos sorbidos de nuestros enemigos*, como dice *David* (*Ps.* 123, 3); mas no nos deja porque nos ama, y mayormente a los que tienen su esperanza en Él, según dice *David* (*Ps.* 17, 31): *Defendedor es de todos los que esperan en Él.* Y si alguna vez se nos esconde, no por eso se nos va; mas antes está *mirando por los agujeros* (*Cant.*, 2, 9), como esposo celoso, qué hace la tal ánima en ausencia de sus abrazos. Y especialmente mira si perdemos la *fiucia*; la cual quiere que esté tan arraigada en nosotros, que ningunos vientos de tentaciones la arranquen, mas antes la afirmen, creyendo que cuanto más tentados, tanto más amados, y cuanto más perseguidos de nuestros enemigos, tanto más mirados de Dios, cuyo cuidado y vigilancia es mayor sin comparación

para defendernos, que la astucia de nuestros enemigos para engañarnos.

2. Y la causa es porque más nos ama Él que el demonio nos aborrece; y más fuerte es que nuestra carne es flaca; y tiene un escondrijo bienaventurado, adonde, como en puerto seguro, y como en seno de madre, acoge a los que, fatigados de las tormentas de tentaciones por él, acorren a Él. De aquéste dice David (Ps. 30, 21): *Esconderlos ha en el escondrijo de su faz.* ¿Parécenos, amado hermano, que estaréis bien escondido y seguro y alegre en la faz de Dios?

Mas diréis: ¿Por qué la llama *escondrijo*? Por cierto con mucha razón; porque así como la faz divina no es escondrijo, sino cosa luciente, según la divinidad, así la faz de Cristo Dios y Hombre se llama *escondrijo* según la humanidad; y esto, no cuando en el monte Tabor *resplandeció su faz como el sol, y sus vestiduras como luz* (Mt., 27, 2); mas cuando se desfiguró en el monte Calvario, y parecieron sus vestiduras y carne bermejas con la sangre que de Él salía en precio de nuestro rescate. Si bien miráredes su faz, amarilla con el largo ayuno, y bermeja con las bofetadas y los cardenales de los dedos en ella, y llena de lágrimas que de los ojos salían, y de sangre de la corona de espinas, verdaderamente diréis que estaba *escondido aquel rostro*, del cual dice David (Ps. 44, 3): *Hermoso más que los hijos de los hombres. Derramada es gracia en tus labios, por tanto te bendijo el Señor para siempre.* Por cierto, *escondido* es el más hermoso de los hombres, y más atormentado que los hombres, y tan desfigurado, que dice Isaías (53, 2-4): *No tiene hermosura ni lindeza, y vímosle, y no tenía figura; y después dice: Y su rostro estaba casi escondido, y despreciado, y por eso no le estimamos. Verdaderamente Él sufrió nuestras enfermedades, y nuestros dolores Él los sufrió; y nosotros tuvimosle por leproso, herido del Señor y abajado.*

3. Hermano, pues *en esta faz*, al parecer afeada, mas muy hermosa a los que la miran con ojos de fe y amor, considerando el amor que lo paró feo por hermosear a los feos, allí *esconde Dios* a los que trabajan por no apartarse de Él, y dales luz como le pue- dan ver en la faz, y reciban de ella tanta fortaleza y consuelo, que sientan que dijo verdad el que dijo (Ps. 79, 4): *Enseñanos tu faz y seremos salvos.* Esta *faz* es mirada del Eterno Padre, y de la vista resultan a nos rayos de su luz y bondad; porque por ésta

nos vienen todos los bienes que Dios nos envía. Y conociendo esto David, suplicaba a Dios diciendo (Ps. 83, 10): *Mira en la faz de tu Cristo*; porque mirando en ella quitará el enojo que de las nuestras desvergonzadas recibe, y nos dará hermosura para ellas. Y porque esta *faz* estuviese siempre delante del Padre, dice San Pablo (Hebr., 9, 24): *Que entró Jesucristo en el cielo para aparecer a la faz de Dios por nosotros.*

4. Y pues en este espejo mira el Padre Eterno para venir a nosotros, en éste miremos para no nos apartar de Él. Otro remedio, hermano, no hay para nuestra flaqueza sino la flaqueza de Jesucristo nuestro Señor, de la cual dice San Pablo (2 Cor., 13, 4), *que murió por la flaqueza, mas vive por la virtud de Dios.* Considerad cuánto pasó porque nuestras ánimas tuviesen con qué amar sus flaquezas, y porque no se diesen a los ajenos, siendo tan penosa y preciosamente compradas de su propio Señor; y cuán mal seso es apartarnos del gozo que alegra a los ángeles, por el gozo del cual gozan las bestias; y cuán mal mirado es trocar la miel por la hiel, y a Dios por la criatura. ¡Pobres de nosotros!, ¿y dónde iremos, o qué buscaremos fuera de Cristo? ¿Podremos quizá hallar otro tal Señor, otro tan dulce compañero y amigo para trabajos y placeres? ¿Dónde otro que tal sea, tan manso para perdonar, tan hermoso para mirar, tan sabio para aconsejar, tan bueno para amar? ¿Adónde otro que muera por mí con tantos dolores y amores, y que esté ahora de voluntad de tornar a morir, si yo hubiere menester otra muerte? ¡Oh cuán gran verdad dijo San Pedro! (Jn. 6, 69): *¡Adónde iremos, Señor, que palabras de vida eterna tienes!*

Hermano, bien estamos por Cristo adonde Él por su misericordia nos puso. No queramos probar a qué sabe estar sin Cristo, que es cosa muy amarga, y se paga con más que setenas. Miremos a sus trabajos que por nosotros sufrió, y con ellos consolamos los nuestros, y por ellos le pidamos gracia y favor, y serenos ha dada, con la cual venceremos mundo, carne y demonio, y nosotros viviremos en Dios, pues Él murió por matar nuestra muerte y darnos su vida.

## 60.—A UNA PERSONA AFLIGIDA.

*Provecho que habemos de sacar de las aflicciones.*

Aunque las nuevas no sean alegres, huelgo de las saber, para que sean espuela a mi tibieza, para llamar al remediador con mayor ahinco; y por esto no se deben dejar de escribir, y quizá hubiera aprovechado haberse escrito antes, cuando he tenido más salud para escribir y orar.

Creo que es tanta nuestra locura, que ha menester curas contrarias a nuestra estima; pues a uno a quien Dios llamó e hizo *vaso de escogimiento* (Act., 9, 15), le fué necesario que *le fuese dado un ángel de Salanás que lo afrentase y diese de pescozadas* (2 Cor., 12, 7), enseñándole cuán afrentosa cosa era de sí mismo, y cuánta necesidad tenía de la mano de Dios. Y pues esta medicina fué necesaria para aquel tan excelente vaso, ¿qué nos maravillamos que, los que somos menores en santidad y mayores en locura, pasemos por esta ley, pues la necesidad es mayor?

En la Escritura está (Mich., 4, 10): *Saldrás de la ciudad, y vendrás hasta Babilonia, y allí te librará el Señor de manos de tus enemigos*. Porque muchas veces permite Él que salgamos de nuestra secreta y pacífica morada, y vengamos a tal *confusión*—que eso quiere decir *Babilonia*—que ni nos entendamos ni podamos remediarnos, puestos en cosas tan diferentes de las que, cuando estábamos en la ciudad, teníamos, que nos espantemos y digamos: «¿Soy yo el que deseaba servir al Señor, y el que le amaba?» Somos allí afrentados, viendo la vanidad y la maldad tan señora de nosotros, para que así desagradados de nosotros, llamemos a Dios, y le confesemos ser Él nuestra salud, y entendamos estar nuestro bien en sus manos, y nuestro mal en dejarnos en las nuestras; y así andemos temblando delante de Él con un santo recelo, temiendo no nos deje, y nos hagamos pedazos. Y así andamos más seguros que con una liviana alegría, que parece espiritual, compañera de una falsa libertad, que no tome peligro ni ocasión de mal, lo cual es muy grande engaño, y que se suele muy bien pagar; y aprendemos que no hay en esta vida seguridad, sino pelea, y deseamos estar ya en la tierra de la paz. Esto es lo que nuestro Señor pretende en dejarnos *abofetear del mal ángel*; y por esto debemos

mucho mirar que le respondamos con un santo recelo y temor de la caída, y conocimiento de nuestra flaqueza, y confianza amorosa en aquellas manos, en las cuales estamos como barro en manos del ollero (Jer., 18, 6), confiando que Él mirará a sus obras que en nosotros obra, y porque éstas no sean destruídas llevará adelante el negocio comenzado por honra de su nombre.

Lo que hacer debemos es huir con toda posibilidad de las ocasiones, pues que quien esto no hace merece ser dejado caer en ellas, y velar sobre nuestro mal corazón, para que ninguna cosa more en él sino quien lo crió, y murió para con su sangre comprarlo por morada, porque siquiera ninguno se lo pueda llevar por vía de mayor precio. Y pues ninguno en amarnos se le iguala, a ninguno tanto debemos, ninguno así nos merece, y ninguno puede ser descanso de nuestro corazón sino Él, ¿qué locura es, pudiendo plantar en mi huerto un árbol que me sea árbol de vida, dejarlo, y plantar otro que desde chico me hace enfermar, y si crece me causa la muerte? Bien está Dios en nuestro corazón, y bien está nuestro corazón en Él, pues verdaderamente *son para en uno*, lo cual no tiene con otra cosa sino con Dios.

Humillemos a Dios nuestra cerviz, y orémosle con instancia, y siempre; y *velemos sobre nuestro corazón*, no se nos vaya de él *nuestra vida* (Prov., 4, 23). Y el Señor es tal, que librará sus ovejas, y sacará bien de sus caídas para gloria suya, pues por ella hace lo que hace.

#### 61.—A UNA SEÑORA

*En tiempo de Navidad. Que Dios, porque es bueno, ama al hombre.*

1. El Niño nacido por nuestro bien dé a vuestra merced parte de los bienes que trae, pues tomó Él los males que nosotros teníamos. Él le dé fuego vivo de su amor, en que a vivas llamas arda; pues por encender éste en nosotros, viene tan pobre y arrecido de frío. Mientras este Niño más padece, más nos roba el corazón para le amar; y mientras más le amamos, más deseamos padecer por Él. Porque el amor huye del descanso como de una cosa contraria a su intento; y buscando los otros libertad y placer, el que ama aborrece esto, y desea ser siempre esclavo,

y trabajar por quien ama. Señora, ¿quién constriñó a Dios a hacerse hombre? No otro sino el amor. ¿Quién le constriñó que, ya que era hombre, fuese nacido en tiempo tan recio, en lugar extranjero, en casa de establo, en tanta pobreza y bajeza, que se ha de haber de Él compasión? Cierto, otro no lo hizo, que el amor que desde el cielo le trajo preso al vientre virginal de nuestra Señora; y del vientre le llevó al duro pesebre, y de allí a otros trabajos, y después a la cruz, adonde amándonos verdaderamente, nos hizo que de verdad le amemos, según Él mismo lo dijo antes (*Jn.*, 3): *Si me ensalzáredes de la tierra, todas las cosas traeré a Mí. Ensalzar de la tierra quiere decir morir en cruz, como murió; y entonces trajo todas las cosas a sí, mediante el grande amor que encendió en los corazones. Porque mirando a este verdadero Amador, unos han olvidado sus tierras, viviendo en peregrinaje; otros dejado sus haciendas, viviendo en pobreza; otros se han ofrecido a trabajos y muerte, deseando más padecer por Cristo que holgar sin Él.*

2. Y sea su clemencia por siempre bendita, que entre los que por este noble amor del Crucificado han olvidado sus cosas, y a sí con ellas, es una vuestra merced; no de ella, mas de Aquel que en ella obra para gloria de Él; y así no lo dejará en las flacas manos de ella sola, pues Él, y no ella de sí, lo comenzó. Alégrase, señora, en Dios su alegría, pues es cobijada con manto tan fuerte y tan blando; fuerte para la defender de sus enemigos y de sí propia, que es el mayor enemigo, y blando para la consolar entre sus trabajos, y para sentirlos como si de Él fuesen, y para darle parte de su Corazón, muy herido de amor por ella. ¿Cómo el Señor pudiera haberla esperado, traído, guardado y sustentado, si muy de verdad no la hubiera amado? ¿Cómo no le provocaran a ira las faltas de ella, si no hubiera en Él tanto amor, que cerrara los ojos a ellas, y los abrió a lo que le cumple?

3. Y diráme: ¿De dónde a mí tanto bien, que el Rey eterno me ame, y por eso me sufra, y me dé bienes en lugar de males?

Respondo, señora, que me diga ella, ¿por qué el fuego quema, y el sol alumbrá, y el agua refresca, y cada cosa hace según su naturaleza? Y si dice que porque el fuego es fuego por eso quema, así le digo que, porque Dios es Dios, por eso nos ama, libremente, y hace misericordias a quien no las merece. No tiene